

Diarios *Contaos*, otra Manera de Hacer Visibles a los Afrocolombianos en la Antropología

Jaime Arocha Rodríguez, PhD
Profesor Asociado
Departamento de Antropología
Investigador
Centro de Estudios Sociales
Facultad de Ciencias Humanas,
Universidad Nacional de Colombia,
Sede Bogotá, D.C.

1. Introducción

Entre octubre de 2000 y junio de 2001, en colaboración con el programa RED de nuestra misma Facultad, los miembros del Grupo de Estudios Afrocolombianos realizamos el estudio *Convivencia Interétnica dentro del Sistema Escolar de Bogotá*. Buscábamos aquellos mecanismos para negociar las desavenencias histórico- culturales que surgen a medida que aumenta la inmigración (a Bogotá) de afrocolombianos de las regiones interandina, caribe y pacífica. En consecuencia, llevamos a cabo, en primer lugar, observaciones y conversaciones dentro de aquellos planteles del Distrito con niños y niñas afrodescendientes, y en segundo lugar, un seminario (con encuentros semanales) con maestros sobre el *Diario Intensivo*, (el) método de autoconocimiento que ideó el psicólogo junguiano Ira Progoff, y el cual se fundamenta en narrativas biográficas. Del grupo de 12 participantes (al seminario), siete eran afrodescendientes, por lo tanto competentes en echar cuentos y no en escribirlos. Así nacieron los «diarios contaos», de un enorme potencial para explorar las culturas afrocolombianas desde la perspectiva de sus mismos portadores. En este ensayo me referiré a ese seminario semanal.

2. Pasión y Etnografía

A uno no se le puede olvidar aquella noche novembrina de 1992. Estábamos en el comedor de la casa de Rosmira y Octavino Palacios, en Chigorodó, alto Baudó. Alrededor de un

mechero de kerosene, ellos contaban las luchas que tenían que librar contra las *madresdeaguas* que les mandaban sus compadres emberáes. Como una grabadora o libreta de notas hubieran profanado la sinceridad sagrada de la palabra, era inevitable el afán por garrapatear algo sobre lo narrado, antes de quedarse dormido. A la mañana siguiente, mientras que Don Justo Hinestrosa, el padre de Rosmira, alistaba la canoa para navegar hasta su arrozal, había que contemplar el tesoro hallado la noche anterior, mirando el apunte nocturno, y enriqueciéndolo con el recuerdo sobre lo que hacen los *libres* al enfrentar esos fantasmas nocturnos que los jaibanáes ponen a deambular por ríos y quebradas. Después del medio día, regresamos de los cultivos que el patriarca tenía río arriba. No importaban ni la ropa emparamada, ni el barro pegado a las botas, con tal de volver a leer el apunte y ampliarlo, ahora sí con calma, sin tener que luchar contra el sueño y el cansancio, ni en pensar que por estar escribiendo unas sílabas más, el anciano médico raicero siguiera esperándonos en el embarcadero.

El etnógrafo comienza a crear información *inscribiendo* recuerdos y visiones (Clifford 1989). Luego completa el apunte que tomó en el papelito que tenía a la mano, *transcribiéndolo* a su libreta. Más adelante lee la nota de campo, *describe* con detalle lo sucedido, y quizás la guarda en un archivo digital *punto doc*. Es adictiva la emoción que uno experimenta al «fabricar» un dato de esa manera. Por eso al etnógrafo no lo convencen los partidarios de la pregunta breve que prepara un investigador principal en su oficina, para que el encuestador luego vaya y se la haga con el mismo desgano a docenas de informadores anónimos pertenecientes a la muestra aleatoria.

Pensando en compartir esta pasión, propusimos que su búsqueda fundamentara el seminario permanente que llevaríamos a cabo con docentes del distrito, (dentro del proyecto de investigación titulado *Convivencia Interétnica dentro del Sistema Educativo de Bogotá*). Pensamos que junto con las técnicas del

llamado *Diario Intensivo*, el método etnográfico haría posible asomarnos a la cotidianidad de esas personas. Inclusive nos arriesgamos a proponerles que inscribieran, transcribieran y describieran sucesos de sus propias vidas, a partir de recuerdos espontáneos.

La introspección escrita acerca de sí mismo es la esencia del *Diario Intensivo*. En el decenio de 1980, el demógrafo, músico y teólogo jesuita Alejandro Angulo Novoa contribuyó a difundir ese método de autoconocimiento. En 1975, el psicólogo norteamericano Ira Progoff publicó su libro *At a Journal Workshop*, y en 1987, Angulo me inició en el arte de autobiografiarse, a partir de lluvias impremeditadas de imágenes. Unos meses después, les propuse a mis estudiantes de técnicas etnográficas maravillarse con lo que podrían descubrir jugando a soñar despiertos, y narrarle esas ensoñaciones al papel. Decidí arriesgarme teniendo en cuenta las afinidades entre ese método y el de los diarios etnográficos de campo, y debido a la forma como permite integrar en la cotidianidad las actitudes críticas propias de la observación y escritura sistemáticas.

Proponerle a un grupo de maestros y maestras que se pensara a sí mismo a partir de descripciones autobiográficas tenía sentido dentro de una investigación que versaría sobre convivencia interétnica en Colombia. En este país, como en casi toda América Latina, hay patrones implícitos y sutiles de discriminación étnica, cuya identificación y reconocimiento chocan contra los ideales de democracia racial que la escuela ha troquelado en nuestras mentes. Así, muchos colombianos sostienen que los chistes sobre *negros* no constituyen una forma soterrada de degradación, pero al mismo tiempo desprecian por arribistas a las mujeres *negras* que se casan con hombres *blancos*.

Ni hablar de invisibilización y ocultamiento. Tan sólo durante los últimos diez años, parte del sistema universitario aceptó a regañadientes la introducción de cátedras y proyectos de investigación que examinaran la historia y los aportes económicos, políticos, estéticos y espirituales de los afrodescendientes. Y aún a muchos de ellos mismos les cuesta trabajo verse como pilares de las edificaciones colonial y republicana, o como descendientes de aquellas naciones de mandingas, bantúes, araraes, lucumíes y carabalíes que le han legado a la humanidad paradigmas universales de respeto hacia aguas, vientos, selvas, antepasados y dioses.

Nuestra experiencia indicaba que la palabra «no» consistía en la respuesta más frecuente a la pregunta de si a lo largo de su vida, usted —como afrodescendiente— ha sido objeto de tratos discriminatorios (Arocha et al. 2001). Frente a la historia de esclavización y de sus legados de exclusión social y política, por fortuna, las víctimas ejercen la pertinaz voluntad del olvido. Empero, hoy por hoy, esa manera de defender la integridad personal no es buena aliada de aquellos cambios inaplazables que vayan más allá de tolerar la diferencia, y más bien la reconozcan como motor de la democracia incluyente.

Una de las primeras aplicaciones del Diario Intensivo en la carrera de antropología de la Universidad Nacional consistió en el trabajo de grado que el músico y antropólogo afroneguaseño Tomás Torres desarrolló en 1989. Su esfuerzo demostró que la introspección escrita sí era método idóneo —aunque doloroso— para averiguar y tomar conciencia de las características y efectos demoledores de la invisibilidad y la discriminación implícita. Años más tarde, María Elvira Díaz Benítez, una joven de Buenaventura, matriculada en el mismo plan de estudios de Torres, y hoy parte de nuestro equipo de investigación, se arriesgó a hacer la arqueología de su identidad, mediante

inscripciones, transcripciones y descripciones autoanalíticas. En pocos meses, conoció el cielo y el infierno de la afrocolombianidad, y se desavino con familiares y amigos debido a las críticas implacables que pudo articular contra el blanqueamiento de cuerpo y alma que mucha gente negra acepta para ser aceptada.

3. El Lenguaje de los Sueños

El *Diario Intensivo* de los talleres de los miércoles en el CES es distinto al que aparece en el libro clásico ya aludido. A lo largo de estos años de comprarse, fotocopiar, leerse, traducirse e interpretarse en el jardín de Freud, el aporte de Progoff se ha ido nutriendo con las ideas que el antropólogo británico Gregory Bateson desarrolló sobre sueños, ensoñaciones, corporalidad y demás maneras inconscientes de conocer la realidad. Angulo también es responsable de esta fertilización. Cuando le conté que un día me había atascado tratando de narrar una pesadilla en la cual aparecía siendo víctima de un guardaespaldas contratado para protegerme, el maestro jesuita me escribió desde su cubículo en la Universidad Gregoriana de Roma:

El gran descubrimiento ha sido el de Gregory Bateson: estoy metido en Pasos hacia una Ecología de la Mente y pienso continuar con Espíritu y Naturaleza [...] Creo que seremos grandes amigos [...]

El encuentro era lógico, porque como Progoff, Bateson había sido un estudioso de Jung¹, cuyo interés por el método autobiográfico es inocultable. El

¹ Carl Gustav Jung (1875-1961). Psicólogo y psiquiatra suizo, nacido en Kesswil (Thurgau). Estudió medicina en Basilea y psiquiatría en Zúrich. Colaboró con Freud desde 1907 hasta 1912. La doctrina de Jung difiere de la Freud en que el funcionamiento de la psique humana no se reduce a los procesos de la libido, entendida como energía sexual. Libido en Jung es energía vital que impele a la psique a su autorrealización. Concibe la psique integrada por tres esferas: la conciencia, el inconsciente individual e inconsciente colectivo. La liberación del inconsciente y sus arquetipos simbólicos, se produce como en Freud, en el sueño. En el caso del inconsciente colectivo, hace referencia a los mitos, antiguos y modernos, patrimonio y expresión de las experiencias humanas colectivas. Aportó también los conceptos de introversión y extroversión y los de *animus* y *anima*.

novelista canadiense Robertson Davies ha hecho de ese tema el centro de obras universales como las trilogías de Bedford y Cornish.

No obstante el interés por trazar la formación de un paradigma de pensamiento y análisis, aquí lo que me importa es el uso de los conceptos de *egosistema*, *ecosistema*, y *sociosistema*. Se deducen de la idea de *unidad sagrada* que propuso el mismo autor, y de la cual somos parte con la naturaleza. Nuestros sueños, gestos, ademanes, muecas y demás expresiones faciales y corporales son los medios idóneos de conocernos y de expresarles nuestros sentimientos y emociones a los demás seres vivos y humanos con quienes compartimos el planeta.

La unidad sagrada está hecha de mensajes. Bateson militó para que no redujéramos la comunicación al lenguaje gramatical, y en ese sentido, nos invitó a que tomáramos conciencia de las obviedades que nos han rodeado. El canturreo de una golondrina o el croar de una rana están hechos de repeticiones en el tiempo. Para nosotros, las dos emisiones son meros ruidos, pero si llegamos a conocer los patrones que siguen las reiteraciones, dejan de ser ruidos y se convierten en sonidos: La estridencia y obstinación del trino señalarán el peligro del crío, cuando sus padres se alejan del nido en busca de alimento. Y de la reiteración con la cual —cada diez segundos— la rana infla su guargüero, aprendemos que es súplica de amor.

Los sonidos de la naturaleza llegan a serlo cuando comprendemos que sus patrones cambian de acuerdo con las necesidades de quien los emite. Quien deletrea el patrón mediante el cual están codificados, comprende su significado. Según Bateson, la descodificación del patrón puede hacer que los mensajes tengan sentido para una comunidad de escuchas o receptores. Y a esa noción de sentido, le dio el nombre de *redundancia*.

Cuando pensamos en las palabras y frases que intercambian los hablantes de un mismo idioma, no ponemos en duda las nociones de significado y redundancia. Empero, algo muy distinto sucede cuando consideramos otras formas de comunicación. Para los boyacenses de muchas localidades bogotanas, *los negros* son bochincheros. No sólo por la fuerza con la cual entonan sus frases, sino porque les parece que gesticulan mucho. De ahí que sea frecuente que los del altiplano pugnen por expulsar a los afrodescendientes de los barrios donde viven, pero también que a las pocas semanas de haberlos tratado no quieran salir de las casas de ellos, para no perderse el sancocho que la patrona les ofrece cuando sale el sol, después de una noche de envidiarlos por la forma como en el baile les imprimen ritmo a manos, pies, caderas y piernas para expresar con libertad alegrías, amores y deseos.

Ni hablar de los sueños. El mismo soñador no los *entiende*, pero sabe bien lo que *siente* después de haberlos tenido. Quizás a ello se deba que en tantas comunidades tradicionales, haya especialistas como Plácida Linero quien tenía «[...] una reputación muy bien ganada de intérprete certera de sueños ajenos, siempre que se los contaran en ayunas [...]» (García Márquez 1981: 9, 10). En los medios académicos y de personas acomodadas, a los psicoanalistas les compete el papel de Plácida. Bateson se interrogaba sobre la función de (ellos) (los sueños), teniendo en cuenta las dificultades que implicaba no sólo hallarles los patrones a sus intrincados códigos, sino interpretarlos mediante el lenguaje gramatical.

Como la corporalidad, los sueños están hechos de cadenas complejas de imágenes, cargadas de emoción, (la) (esa) otra manera de conocer al mundo que en occidente aprendimos a despreciar por ser dizque inferior. Además, son metáforas que confunden la cosa nombrada con su nombre, expresan relaciones

en tiempo presente y en ausencia de *noes*. Esa gramática particular hizo que el británico se preguntara si quedarían bien traducidos cuando los narrábamos mediante nuestras palabras que sí contienen partículas para decir *no*, modos condicionales, subjuntivos e imperativos, y conjugaciones verbales que localizan la acción en el pasado o el porvenir.

3. El Ejercicio que Multiplica Imágenes

Bateson y Progoff coincidían en el desafío que implica lograr narrativas fieles al contenido original de los sueños, y en que es indeseable imponerles a esas narrativas interpretaciones prefabricadas. **Dentro del diario intensivo, el soñador podrá hacer sus propias interpretaciones, a partir de la forma como se vayan retroinformando las distintas entradas que va haciendo en un instrumento que Progoff llamó *bitácora de sueños y ensoñaciones*** (*¿sí es a partir de la forma? O es a partir del modo?, No me convence el uso reiterativo de gerundios, qué tal: Dentro del diario intensivo, el soñador podrá hacer sus propias interpretaciones a partir del modo de la retroinformación que se da en las distintas entradas y que se hace en un instrumento....*). El repaso de las narrativas hechas durante un período revela los patrones del sueño, y le abre al soñador la posibilidad de ir descodificando sus sentidos. **El que los haya** (el hecho de haberlos) pasado al papel le permite volver sobre ellos, y hacer comparaciones adicionales, que dan lugar a otra tarea significativa, la de la expansión de los sueños y ensoñaciones. No sólo consiste en ponerle el final feliz —digamos— al sueño hermoso que interrumpió el ladrido de un perro, sino dar origen a narrativas alternas que bien pueden nutrirse de nuestras ensoñaciones, o sea de los sueños que hacemos con los ojos abiertos, como sucede mientras viajamos en el bus hasta la escuela o en clase para combatir el discurso aburrido del maestro.

La retroinformación es inseparable de los ejercicios del diario. Porque, claro está, el método no se limita a la bitácora de sueños y ensoñaciones, la cual pertenece a la categoría de ejercicios que Progoff llamó de la *sabiduría profunda*. El diarista también lleva una bitácora de sus actividades habituales. Sus entradas no consisten en ensayos complejos sobre lo acaecido durante el día, sino en inscripciones breves y carentes de valoraciones morales sobre la cotidianidad. Esa bitácora forma parte de otra dimensión, la del *tiempo-vida*.

En los talleres de los miércoles, exploramos esa dimensión, diferenciando los ejercicios *largos* de los *cortos*, siendo éstos últimos los de las bitácoras. Como es obvio, los ejercicios largos requieren tiempo, paciencia, pero en especial un sitio silencioso y tranquilo donde podamos meditar. En inglés el tipo de meditación propia de estos ejercicios del diario se llama *twilight imagining*, que no es fácil de traducir al español. Mónica Espinosa habla de *imágenes crepusculares* (véase Bermúdez et al. 1996); otros de *imagería de la vigilia*, porque lo que busca esa meditación es la riqueza de imágenes que tienen los sueños que anteceden el despertar.

A los asistentes de los talleres de los miércoles (ni) no les **acomodó** (convenció) ni lo de crepuscular, ni lo de vigilia, así que escogimos *modo video*, pensando en que los videos musicales contemporáneos pueden condensar algún sueño del intérprete, y por lo tanto pueden sintetizar el sentido de los ejercicios largos, en cuanto a la riqueza de las cadenas de imágenes, y a la aparente ausencia de sentido de las mismas.

Para entrar en *modo video*, apagábamos las luces del salón 6-26 del CES (valdría la pena describir el salón, qué hay allí?, estaban acostados? En el piso? Etc.), y en una ocasión pusimos música de un disco llamado *El arpa curativa*. Cerrábamos los ojos, e íbamos ordenándole a cada músculo del cuerpo

relajarse, de modo que los miembros y el tronco quedaran como dice la rima infantil, «manito chiquita sin hueso ni naá». Una buena alternativa para alcanzar este estado consiste en imaginar una especie de centella que entra por la cabeza y va recorriendo y soltando nervios y músculos (colocarlo entre paréntesis para que no quede atravesado). La respiración y el ritmo cardíaco iban desacelerándose, y le proponíamos a nuestra conciencia que dejara de recapitular lo que teníamos que hacer al otro día, o de repetir que lo que me dijo Juan me hirió, para que la mente quedara como una pantalla limpia, blanca o negra, según el «modelo espiritual del televisor» que tuviera cada diarista.

Lo que aparecía en esas pantallas mentales era distinto para cada (quien) cual: un cuarto de hotel, una niña montando en bicicleta, una canción, olor a humo de tabaco rubio, un Ford '54, el llanto indetenible, unos niños nadando en un río, la cara del mejor amigo, una procesión religiosa, un piquete junto a un río cristalino, entre muchas otras imágenes. Después de unos minutos, respirábamos profundo, y despacio, íbamos regresando a nuestro ritmo normal, abríamos los ojos, prendíamos una sola lámpara para irnos acostumbrando al resplandor, y comenzábamos a inscribir con frases lo más breves posibles, esa lluvia de imágenes de la cual habíamos sido productores y testigos.

Las lluvias de imágenes tienden a aglutinarse alrededor de aquel período de nuestras vidas acerca del cual estábamos pensando al entrar en modo video. Sin embargo, esa escogencia no es al azar, sino que depende de quien oriente los ejercicios. Angulo siempre aconseja que en esa primera vez de entrar en modo video, el diarista se pregunte por el *ahora* —¿dónde estoy en este momento de mi vida?, ¿cómo es mi ahora?, ¿quién soy?—. Pero pueden hacerse otras preguntas, como ya veremos. Por ahora, resumo el sentido de estos ejercicios largos de la dimensión tiempo-vida:

Pregunta sobre un período de nuestras vidas → modo video

→ lluvia de imágenes → inscripción de no más de 10 imágenes→

→ transcripción de las imágenes de ese período → descripción de esas imágenes

Además del *ahora*, los períodos acerca de los cuales nos formulábamos preguntas para ingresar al modo video son los de *mojones* y *encrucijadas*. Por *mojones* entendemos los hitos fundamentales de nuestra existencia que podríamos identificar mediante la lógica racional del historiador o valiéndonos del modo video, teniendo en cuenta que los ejercicios son relacionales y activan procesos de retroinformación con nuestra propia memoria y con los mismos (revisar, me parece que hay círculo vicioso en la definición de mojón) ejercicios. Encrucijadas son mojones que han implicado *opciones distintas y la escogencia de una de ellas, dejando de lado la otra* (siempre que hacemos algo, estamos dejando de hacer otra cosa. Creo que puede especificarse que la encrucijada es un acto CONCIENTE a diferencia de lo que señalé primero). Así, una maestra habló de la disyuntiva que se le presentó entre seguir trabajando en el Chocó, o venirse para Bogotá. Tomó la última vía, a sabiendas de que cerraba el otro camino. El correspondiente ejercicio de diario es similar al que se usa para los demás períodos, excepto que incluye preguntas referentes a lo que el diarista sacrificó al cerrar esa ruta, y a aquello de *ese camino* (cuál de los dos?) que fue incorporando a su existencia.

Volviendo a la pregunta de ¿dónde estoy ahora?, el modo video respondió con una lluvia de imágenes, de las cuales *inscribimos* (¿?) diez. El primer paso en su transcripción consistió en ponerles una fecha. Por ejemplo, cuando hice mi primer *ahora*, todas, menos dos imágenes, se aglutinaron alrededor de la publicación del libro *De sol a Sol* (Friedemann y Arocha 1986). No deseché los «dos cabos sueltos» de mi infancia, sino que los incluí en la

libreta **o en una ficha especial** (en cuál de los dos?) para convertirlos en *mojones* y hacer dos preguntas para entrar en dos modos video en dos ocasiones futuras. Entendamos que **siguiendo** (al seguir) la lógica del historiador biógrafo, el diarista hubiera podido hacer la siguiente lista: primera comunión, ingreso al bachillerato, grado de bachiller, primer beso, ingreso a la universidad, entre otras entradas «lógicas». Cada una de ellas podría convertirse en una pregunta como ¿dónde estaba yo cuando hice mi primera comunión?

Sin embargo, desde el punto de vista del movimiento oscilatorio entre razón y emoción, es más constructivo tomar la entrada «ilógica» que no cupo en mi ahora, porque pasó hace mucho tiempo, y preguntar lo siguiente: ¿cómo era yo cuando sentí el aroma del tabaco rubio que fumaba mi tía? o ¿dónde estaba mi vida cuando mi tío se presentó a mi casa estrenando su Ford '54?

4. Las Preguntas que le Hicimos al Período

Pese a la atención que merecen los «mojones espontáneos», con respecto a los procesos de retroinformación del diario, volvamos a enfocar el *ahora*. Luego de hacer la periodización de las imágenes que identificamos, descubrimos la lógica de las secuencias, de modo tal que podemos **resumirla** (a quién? A la lógica? O a las secuencias? La diferencia la da el plural) en pocas palabras. La terminación del libro *De Sol a Sol* condensaba el sentido del primer ejercicio del *ahora* que hice en 1987. Lograda esa síntesis, **procedemos** (gran parte de las explicaciones sobre el proceso las ha hecho en pasado, vale la pena mantener un tiempo verbal, cualquiera que sea.) a hacerle al período —o a esa condensación— las preguntas que aparecen a continuación, las cuales clasificamos por egosistema, ecosistema y sociosistema, de acuerdo con la idea batesoniana de *unidad sagrada*:

a. Egosistema

En esta sección me refiero al conjunto de relaciones de la persona consigo misma, o sistema de sí mismo. Durante ese período de mi *ahora*, ¿cuáles han sido los *sueños* que con más frecuencia he tenido?, ¿cuáles las *ensoñaciones*?, ¿cómo ha sido mi *cuerpo*?, ¿qué cambios ha experimentado?, ¿qué experiencias particulares ha tenido?. Desde el punto de vista de la estética y la espiritualidad, ¿cómo lo he percibido?

b. Ecosistema

Este sistema es el de las relaciones e interacciones entre la persona y su medio. Durante estos meses que conforman mi *ahora*, he estado rodeado de objetos y de otros seres vivos. De ellos, ¿cuáles han pertenecido a mi *cotidianidad*?, ¿cuáles a mi *trabajo*?, ¿cuáles a mi mundo estético?, ¿cuáles a mi mundo social y político?, ¿cuáles a mi mundo espiritual?. La ausencia de ellos, ¿qué me ha producido?.

En nuestros talleres fue evidente la dificultad para establecer límites entre las categorías de estas preguntas. Por ejemplo, hoy un objeto de muchos *ahoras* es el computador, el cual —por si fuera poco— desempeña papeles múltiples en nuestra cotidianidad, por lo que afecta a nuestras comunicaciones con otras personas; además, se trata de un aparato sin el cual el trabajo de muchos de nosotros sería impensable, y gracias a la música que podemos archivar en su disco duro, afecta valores estéticos. Entonces, un daño de esa máquina tiende a ser traumático debido a la multiplicidad de mundos que afecta. Sin embargo, la formulación de ese conjunto de interrogantes cumple una función fundamental del diario, resaltar el carácter relacional de nuestra existencia. Hubiéramos podido tomar una planta o un animal como el eje de nuestro interrogatorio, con respuestas comparables, en cuanto a la

interdependencia de las esferas dentro de las cuales se mueve nuestra existencia.

c. Sociosistema

A esta categoría pertenecen los interrogantes relacionados con quienes nos rodean. La pregunta fundamental es, durante ese período, ¿quiénes fueron las personas más importantes? En el caso de mi ahora, tan centrado en el libro *De Sol a Sol*, es lógico que mi colega Nina S. De Friedemann figurara como eje de mi sociosistema. Sin embargo, era pertinente que me preguntara para entonces qué estaba pasando con los miembros de mi familia, con mis amigos, con otras personas del trabajo, o quizás con seres con quienes no tenía una relación directa, pero cuyos actos afectaban la conformación del período. En uno de los cursos de etnografía dentro de los cuales usamos el diario intensivo, uno de esos personajes que afectaron a muchos estudiantes, pese a no haberlo conocido cara a cara fue Indiana Jones(.), quien figuraba en unos ahora determinados por la escogencia de la antropología como opción profesional. En la instancia de un trabajo investigativo como el que desarrollamos en este proyecto, era pertinente dejar abiertas las opciones de interrogarnos sobre nuestras relaciones con los participantes en la investigación, niños y niñas, maestros y maestras, administradores y funcionarios, padres y madres de familia

Dentro del sociosistema les dimos importancia a las preguntas sobre aquellos sucesos que han moldeado el ahora. Y como en el caso de los objetos, esos sucesos pueden relacionarse con lo estético —la exhibición de Botero en la Casa de la Moneda—, lo social —el fallecimiento de Delia Zapata Olivella—, lo político —el magnicidio de Bernardo Jaramillo— y lo espiritual —una ceremonia de iniciación de la religión de los orichas—. De hecho, en uno de los

talleres uno de los participantes preguntó, (porqué) por qué los sucesos no deberían aparecer dentro de las dimensiones egosistémicas. La respuesta fue que el diario es un instrumento flexible. Sin duda, hay unas normas para que los efectos relacionales y de retroinformación tengan lugar. Sin embargo, cada **quien** cual podrá introducir las variaciones que más lo hagan sentir a gusto con el método. Eso sí, quizás la única norma inviolable es la de la espontaneidad. Las preguntas que hemos enumerado deben funcionar como una guía, pero si se convierten en una camisa de fuerza que echan a pique la ingenuidad de los ejercicios, quizá valga la pena suspender la tarea y darse unas vacaciones.

5. El Péndulo de Bateson

Al explicar el funcionamiento del diario, ha sido útil considerar el movimiento pendular acerca del cual habló Bateson:

«[...] los avances en el pensamiento científico proceden de una *combinación del pensamiento libre y del [riguroso]*, y esta combinación es el instrumento más valioso de la ciencia» (1991: 101).

Así como el péndulo de la creación científica se mueve del lado del pensamiento libre al lado del pensamiento riguroso, los ejercicios *largos* del diario intensivo se mueven desde el *modo video* —con su lenguaje de sueños, ensoñaciones y gestualidades— al del *modo consciente* —con su lenguaje gramatical de noes, y verbos en subjuntivo o condicional. Lo importante es oscilar, y no quedarse detenido en uno de los dos extremos.

Una vez respondidas con papel y lápiz las preguntas que menciono, la transcripción del período continúa mediante una expansión retroinformadora apasionante. El diarista le lee en voz alta a una grabadora la periodización que ha escrito. Entonces, surgen nuevas asociaciones y aclaraciones acerca de las

cuales no tenía conciencia. Luego, cuando oí mi voz desde la grabadora, me pareció como si otra persona me hablara de su vida, y a medida que un nuevo conjunto de asociaciones y precisiones tomaba forma, fui tomando notas. Así, de unas breves inscripciones sobre el período, obtuve una descripción rica en eventos que, o no recordaba o consideraba carentes de importancia. Hemos tomado el caso del *ahora*, pero el método se puede aplicar ya sea a un mojón o a una encrucijada, y cuando el diarista ha completado un buen número de entradas en su bitácora de la cotidianidad, las repasa, y vuela a hacerse la pregunta acerca de dónde está en ese momento. Realiza el procedimiento que hemos descrito, y obtiene una imagen de ese período más breve. Es un *arqueo* o balance de las semanas durante las cuales ha estado trabajando con el diario intensivo.

Para etapas posteriores del trabajo con maestros, quedan por realizar análisis de las bitácoras de sueños y ensoñaciones, así como la ampliación de ambas. Junto con los ejercicios dialogales, **éstos últimos** (¿?) (si son los ejercicios dialogales, creo que se puede escribir simplemente “los cuales”, claro que pierde significado la palabra JUNTO) refuerzan el conocimiento de la sabiduría profunda de la persona. Por último, una palabra sobre los diálogos. Son especialmente ricos con las personas. Imaginamos que un amigo o un familiar, vivo o muerto está frente a nosotros. Nos preguntamos por su historia de vida, incluyendo su ahora; por los mojones y encrucijadas que le conozcamos, y una vez tengamos formada nuestra versión de su vida, procedemos a conversar con él o ella. Con los ojos medio abiertos —la manera de acceder al modo video en este caso—, imaginamos una charla que comienza con el saludo, y va a seguir con temas que ni hemos previsto, ni hemos siquiera imaginado. Vamos escribiendo cada frase del diálogo, y cuando hayamos

terminado, nos sorprenderemos al conocer qué tanto sabíamos acerca de la persona, pero no lo recordábamos, y qué tanto sabíamos de nuestra relación con ella, pero no nos habíamos atrevido a decírnoslo. Las conversaciones resultantes son susceptibles de ampliaciones, y constituyen fuente de información relacional y procesos adicionales de retroinformación, cuyo resultado es el de ir armando una autobiografía cada vez más completa. Se entiende, claro está, que el sentido de todos estos ejercicios no consiste tan sólo en precisar nuestra propia historia de vida, sino en conocer el sentido de su dirección, la lógica de las opciones que hemos tomado, y nuestra pertenencia a la unidad sagrada. (Se supone que los lectores ya saben lo que es la unidad sagrada?)

6. Diarios “Contaos”

Al final de los talleres con maestros, los *diarios contaos* surgieron como alternativa al método de Progoff. Esta escogencia está por perfeccionarse y consiste en llevar inscripción y transcripción de imágenes, obtenidas en *modo video*, hasta su organización en orden cronológico, e iniciando diálogos con los demás asistentes, a partir de las imágenes inscritas. Esta variación heterodoxa permitió, primero, salirle al paso a las limitaciones de tiempo y espacio para meditar, acerca de las cuales todos los docentes hicieron hincapié; segundo, identificar aquellas experiencias personales cuya exposición en público no comprometiera el pundonor de quien las narraba, ni les causara «vergüenza ajena» a los escuchas; tercero, crear hábitos, hoy inexistentes, para reflexionar sobre uno mismo, mediante instrumentos que permitan una objetivación comparable a la que se alcanza escribiendo, y cuarto, dar origen a un método de autorreflexión que no violente las costumbres de quienes fueron educados

dentro de las normas de la tradición oral. Son personas que, por lo tanto, consideran inconcebible **el** «hablarle» a un papel o a una libreta y no a Plácida Linero, tan curtida en el arte de averiguar qué premoniciones encierran los sueños en bosques de higuerones.

1) El Cuento de la Intolerancia

Como casi todos los afrochocoanos, a Paulina no sólo le gusta contar cuentos, sino que sabe hacerlo. Una tarde, miró el cuadernito que le habíamos dado para que hiciera sus bitácoras, y más bien se dirigió a Laureano, también del Chocó, diciéndole que en aquello de la convivencia a ella nunca se le había olvidado el día cuando unos amigos de su hijo hicieron que él se hiriera para comprobar si su sangre era negra o roja. Una trompada era la mínima reacción ante un acto de semejante crueldad, pero como para las autoridades de los colegios, «esos negros son tan peliones», había que darle una lección al hijo de Paulina.

Todos los asistentes comenzaron a hablar al mismo tiempo. Los unos, para repudiar el incidente. Los otros, para testimoniar que el caso no era excepcional, y que **a** docentes y directivas, por lo general, no eran imparciales a la hora de dirimir conflictos que involucraran estudiantes negros y negras. El atajo que toman las directivas ante el surgimiento del conflicto consisten **en** la expulsión del estudiante, excepto cuando son estudiantes «blancos». La omisión del debido proceso desemboca en tutelas y derechos de petición, muchos de los cuales pueden olvidarse, si los maestros afrodescendientes no apoyan a los padres.

Según comentarios **de** en otros talleres, estas injusticias motivan la discriminación positiva. La profesora Leocadia dijo que la ejercía sin ningún recato. Que cuando veía a una madre o a un padre negros, haciendo fila para buscar un cupo, se los llevaba a la cabeza de la cola, y al mismo tiempo hablaba

con quien sería el docente del futuro estudiante para que le abriera un campo en el salón, como fuera, que ella a **esa maestra** (cual?) le había hecho otros favores. Otro coro de voces desordenadas se dividió entre quienes condenaron esa conducta y quienes persistieron en defenderla argumentando que los afrocolombianos, en especial los recién llegados a la capital, carecen de las competencias culturales hasta para moverse en la ciudad, mucho menos para acceder al sistema educativo. Todo ello, además de que su situación económica es desfavorable. Para la profesora Leo, es inaceptable ver a una de estas personas —perpleja— alejándose de la escuela. Quizás nunca vuelva a saber de ella, y sus hijos queden por fuera del sistema educativo.

Otros resultados inesperados de la introducción del diario intensivo consisten en los enfoques sobre las culturas afrocolombianas; hacia el futuro, la posibilidad de afianzar diálogos interculturales nutrirá el conocimiento mutuo, y por lo tanto, mejorará la tolerancia interétnica dentro de las escuelas del distrito.

2) El Cuento del Forzán

La profesora Paulina Palacios quizás fue quien más se arriesgó a mirar sus notas de diario, y contar un cuento. Una noche dijo que varias veces se había soñado con el *Forzán*. Mientras que sus «corraciales» hicieron sonrisas nerviosas y guiños de complicidad, los del altiplano quedamos boquiabiertos.

Para entender qué había pasado, es necesario aclarar que en el Chocó una figura paradigmática fue la de Diego Luis Córdoba. Según su utopía, tan sólo mediante la educación los afrodescendientes podrían superar las consecuencias perversas de la esclavización (Wade 1998). Se propuso ampliar el sistema educativo creando una red de escuelas pedagógicas que se extendió por casi todos los municipios. Así, no es por casualidad que haya maestros

chocoanos a lo largo y ancho del país, pero que además sean muy bien valorados por sus destrezas didácticas.

Dentro de esta tradición, es usual que las maestras estén preparadas para viajar solas a sitios lejanos, y manejar los planteles sin mucha ayuda. Esta imagen de personas viajeras, fuertes y decididas también tiene que ver con la autonomía que caracteriza a las mujeres afrodescendientes. Como ellos, ellas viajan, recorren, y andan desde la primera mitad del siglo XVIII, cuando sus antepasadas se automanumitieron, y obtuvieron de sus amos las cartas de libertad que las acreditaban como *libres*. La potestad de moverse de un pueblo a otro era imposible durante el régimen de esclavización. Con todo y esta valentía, en la soledad de casas como la que describía la profesora Paulina para el pueblo donde vivió en el bajo Atrato, a ellas les aterra que un hombre venga a derribar su puerta y a someterlas a maltratos sexuales, por el mero hecho de que **ellas** estén solas. Entonces, el Forzán es un violador mitológico, cuya figura concentra las taras machistas y el odio que ellas despiertan. Las historias sobre esa figura abominable les han permitido a las mujeres compartir terrores y ejercer la resistencia de género.

El rescate del Forzán en una bitácora de sueños derivó en un diálogo franco mediante el cual el resto de las maestras del Afropacífico fue identificando los tipos de encuentros sexuales que pueden ocurrir por la noche. Señalaron que no todos incluyen maltrato y forcejeo violentos, y en consecuencia comenzaron a hacer una tipología del *gateo*. La práctica consiste en deslizarse subrepticamente hasta la habitación de la mujer deseada, y su ejercicio depende de la educación de los hombres, y de la proximidad o lejanía de ellos con respecto a las conductas «civilizadas».

Esta conversación llevó a otra sobre la forma como sobretodo las mujeres se visten, calzan y peinan revelando así esa educación y proximidad o lejanía.

La araña fue otro ser mitológico que surgió de una entrada que la maestra Leocadia Mosquera hizo en su diario y la cual leyó en otro taller:

Mi comadre Araña

Cagó cabuya

¡Ay! Compadre sapo,

No le haga bulla.

La narradora comentó haberlo aprendido de su abuela, quien se lo decía cuando niña para evitar que hiciera comentarios imprudentes, y añadió que sus mayores les daban el nombre de Ananse a las personas sabias, y que a Ananse le correspondía el papel de mantener a la familia unida. En este caso fue necesario explicar que la araña Ananse es un héroe mitológico de la familia akán. Uno de sus pueblos dio origen al imperio ashanti de Ghana y con los fanti y añaí también se extendió por la Costa de Marfil. Miembros de estas etnonaciones comenzaron a ser capturados a partir de 1640 para ser esclavizados en América, y siguieron llegando de contrabando hasta bien entrado en siglo XIX, a juzgar por la historia de la nana de María, la princesa achimi secuestrada la noche de su boda, según la novela de Jorge Isaacs.

En el Caribe insular la llaman Anancy, Miss Nancy o Breda (brother) Nancy y encarna al héroe astuto quien les roba fuego y conocimientos a deidades más poderosas, para entregárselos a los humanos. En el Chocó, a este Prometeo africano la gente le sigue rindiendo culto en los ritos mediante los cuales los padres les curan el ombligo a sus hijos e hijas usando sustancias preparadas con algo de la araña que, sin embargo, no comprometa la integridad

física del animal. Tal es el caso del saquito blanco que queda abandonado en el suelo, después de que han empollado sus huevos. Los progenitores se proponen que mediante ese *unto*, al llegar a la adultez, sus descendientes hayan adquirido las cualidades de astucia y rebeldía del dios araña, a veces perverso, quien encarna la rebeldía contra la sujeción forzada.

El haber introducido el tema de las *ombligadas*, llevó a que las mismas maestras hablaran de otra posible africanía akán, las *zoteas* donde las mujeres practican su agricultura. También conocidas como *paliaderas*, estas plataformas de madera sostienen canoas que ya no navegan u ollas viejas que, con la ayuda de sus hijos, las mujeres rellenan de tierra de hormiguero. Allí cultivan productos que tienen que ver con el cuerpo femenino, la menstruación, la sexualidad, el amor y la culinaria, incluyendo las semillas de una palma de coco o de otro árbol que siembran cuando quedan embarazadas. El día del alumbramiento, plantan el retoño con la placenta, y les enseñan a nenes y nenas a llamar *mi ombligo* al árbol que crece con ellos.

Al oír sobre este culto chocoano por las plantas, la profesora Carmen Paz dijo que, en su región de origen, la zona plana del norte del Cauca, las mujeres no usan las zoteas, pero si tienen una agricultura propia de matas para cocinar y curar. En el intercambio que inició (quién?) con las otras maestras, fue evidente que afrochocoanos y afrocaucanos comparten una tradición culinaria, etnobotánica y médica. Otras profesoras dijeron «saber de hierbas», y que en sus lugares de origen, sus abuelas y madres les enseñaban el uso de riegos para la protección espiritual y de curación física. También mencionaron la importancia de los sueños en su espiritualidad, por su carácter premonitorio para la fortuna o la desgracia. Esta panafrocolombianidad tiene que ver con la veneración de los bantúes por las

selvas del África central. Congos, angolas y ánzicos figuran entre los primeros miembros de esa familia **que comenzaron** (si se refiere a los miembros, es mejor decir QUIENES COMENZARON y, si se refiere a la familia entonces la forma correcta es QUE COMENZÓ) a llegar en 1580, y a quienes persiguieron los tribunales inquisitoriales durante el siglo XVII, debido a la rapidez con la cual identificaron las similitudes entre la flora africana y la americana, y comenzaron a usar raíces, tallos y hojas de aquí para hechizar o curar, según tuvieran la intención de sabotear la esclavización o de insertarse en la sociedad colonial, ejerciendo un oficio que no fuera el de los cautivos.

El puente que sigue uniendo a África con América es inseparable del culto a los antepasados. El grupo de la Universidad Nacional siempre se había preguntado cómo se llevarían a cabo los ritos fúnebres en la capital. Si de por sí, los del altiplano imaginan a los «negros» como la síntesis del ruido, ¿cómo sería si los oyeran cantar alabaos toda la noche para despedir al muerto? Para sorpresa nuestra, las maestras chocoanas contaron que desde antes de venir a Bogotá, ya habían perdido la tradición de cantar alabaos. Guillermina señaló que en muchos barrios de Quibdó, los alabaos se consideraban signo de atraso. Otras la corrigieron señalando que gracias a la organización de «comunidades negras», en los últimos años estaban rescatando los alabaos en el Chocó. Por su parte, Leocadia indicó que aquí en Bogotá, ella había vuelto a cantar en los velorios. Que se había encontrado con un grupo de chocoanas, empeñadas en no dejar morir las tradiciones de culto a los antepasados, y que ellas inclusive habían grabado un cidi. Que ella lo tenía y lo podía traer al taller.

Otro rasgo de panafricanidad consiste en el movimiento de las caderas. El parentesco contemporáneo entre el *sécoussé* del África central y la *champeta* criolla no sólo es de cadencias musicales y entonación de voces, sino de sensualidad pélvica. Los chocoanos refuerzan el ritmo de las nalgas femeninas cantando «caderona, vení remeniate», como sucedió con ocasión de la que se suponía iba a ser la última sesión del taller. Este himno al erotismo tuvo que ver con la continuación de nuestras reuniones. Ese día fue evidente que los afrocolombianos manejaban sus cuerpos mediante códigos que a los del altiplano les resultaban incomprensibles e inimaginados. La perplejidad andina que esa noche tuvo que haber percibido la cantadora chocoana motivó a Leocadia para explicarle a una de las auxiliares de investigación que —siendo ella maestra de danza y deportes— la habilidad de las niñas para imprimirle sensualidad rítmica a sus caderas, era fundamental para considerarlas afrodescendientes, así estuvieran atenuados esos otros marcadores de la «raza negra», como la pigmentación, la forma de los labios y densidad de los rizos del pelo.

A partir del canto de caderona, el grupo propuso continuar con las sesiones. El punto de vista de los andinos fue fundamental para esta propuesta, primero porque no obstante haber manifestado el sentirse abrumados por la riqueza de la afrochocoanidad, consideraron que sus culturas ni eran pobres, ni habían quedado bien resaltadas en los talleres y tenían aportes qué hacer a los encuentros semanales. Segundo, porque consideraron esencial que esas conversaciones se convirtieran en diálogos interculturales para el enriquecimiento mutuo y para comenzar a producir materiales que hagan posible la cátedra de estudios afrocolombianos que contempla la Ley 70 de 1993.

En conclusión, los talleres de los miércoles no dieron origen a diarios intensivos «escritos a la perfección», mas sí a ideas sobre *diarios contaos*, cuyas técnicas de autorreflexión deberán elaborarse a partir de los hábitos de quienes se han formado dentro de la tradición oral o de quienes enfrentan cotidianidades más bien incompatibles con la paciencia, disciplina y dedicación en las cuales quizás pensó Progoff a la hora de publicar *At a Journal Workshop*. El método documentó la convivencia interétnica, y demostró ser rico para llevar a cabo exploraciones culturales e interculturales que permitan mejorar destrezas etnográficas.

Referencias

Arocha, Jaime

1994. Gregory Bateson, reunificador de mente y naturaleza. *Nómadas*, #1, págs.: 87-102. Santafé de Bogotá, revista del Departamento de Investigaciones, Universidad Central.

1999. Ombligados de Ananse: hilos ancestrales y modernos en el litoral Pacífico Colombiano. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

2001b. Diversidad Étnica, Gestos y Paz. *Palminsestus*, N° 1. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas.

Bateson, Gregory

1992. Pasos hacia una Ecología de la Mente. Buenos Aires: Carlos Lohlé-Planeta.

Progoff, Ira

1985. *At an Intensive Journal Workshop*. Nueva York: the Dialogue House.